

EL TAO DEL TAO

Los peces viven su vida plena en el agua; los hombres viven su vida plena en Tao.

CHUANG-TSÉ (335-275 a. de C.)

Está clarísimo que esa letra que nos perturba, hasta el punto de que la llamamos, Dios sabe por qué, *carácter*, la letra china, surgió del discurso chino muy antiguo de una manera naturalmente distinta de cómo surgieron las nuestras.

JACQUES LACAN, Seminario 20, *Aun*, Cáp. III

1 - El Tao: un objeto que no es un objeto

El Hombre del Tao es inmortal. Y es inmortal no porque no muera, sino porque ha hallado su morada eterna en el movimiento perpetuo de sus pasos.

El palabra Tao o mejor dicho el ideograma (*tao*) está constituido por el signo para cabeza (*shou*) y el signo para camino o pie (*ch'ó*). Antiguamente este carácter combinaba la imagen de una cabeza (), en cuyo diseño podía distinguirse la testa de un maestro, el trazo de los bordes de un camino (), y un pie humano (). (Debemos aclarar que por el contexto en el que se haya este carácter, con respecto al otro que significa “cabeza”, seguramente se trata de un pie y no de una pata de un animal). Tradicionalmente, la interpretación más aceptada ve en la cabeza la representación del maestro; en el camino, el trazo de la enseñanza; y en el pie, la huella del discípulo, lo que ha llevado a traducir la rica significación de este ideograma en algo así como: “la enseñanza de un maestro seguida por un discípulo”.

A simple vista, esta traducción que los investigadores y eruditos han hecho de este antiguo signo chino pareciera ser la más fidedigna o la más adecuada a la imagen que se desprende del mismo carácter en cuestión, sin embargo, esta interpretación, que suele ser la más ortodoxa y también la más difundida es, al mismo tiempo, la más errónea que se haya hecho jamás y, para colmo, la que paradójicamente más aceptación y validez ha tenido en el mundo occidental. Por supuesto, hasta hoy.

Comenzaremos aquí nuestra tesis formalizando una línea de investigación radicalmente diferente. Trataremos de indagar en aquello en lo que nadie ha depositado todavía su interés. Nos referimos, pues, a lo que el Tao lleva implícito en el mismo ideograma que lo constituye como tal y que, por ser tan evidente, por estar tan visiblemente expuesto, nadie ha logrado ver con la misma claridad con que creemos haberlo descubierto nosotros, que es, a saber: *la representación del movimiento del pie*, mostrando, a todas luces, la representación gráfica del andar del caminante.

Como todo el mundo sabe, no se puede concebir la idea de un camino separado del acto de caminar por la sencilla razón de estar implícito el *caminante* (sujeto que camina) en la misma acción del verbo caminar, que es quien forja ese lazo indestructible que existe entre el hombre y el camino que recorre.

Por esta razón nos proponemos profundizar sobre este singular “caminante”, que avanza con decidido y firme paso en las mismas entrañas del ideograma *tao*. Si bien no es posible separar el sentido original del carácter de su imagen ideográfica, nos preguntamos si la imagen que posee este milenario ideograma podrá servirnos aquí para entender más hondamente el concepto filosófico de su significado. Si la palabra *tao* proviene de la combinación de dos caracteres que, juntos, componen la imagen de un hombre (testa y pie), ¿quién es entonces este misterioso sujeto que aparece en el ideograma chino?

Para comprender el enigma que surge de esta interrogación, reflexionemos un momento sobre el evidente sentido de movilidad que hay implícito en el signo.

Los antiguos filósofos chinos eran grandes amantes de la belleza y de la naturaleza, por lo que no les resultó nada difícil captar y comprender el profundo sentido de la vida al aire libre. Ellos tenían una admirable capacidad para la observación y la reflexión y, por alguna razón que poco a poco iremos desentrañando aquí, no dudaron en identificar la idea de un “camino” (la traducción más aceptada en Occidente del ideograma) con “la corriente de un río”.

Los primeros taoístas decidieron extraer de la naturaleza la imagen del agua que contemplaban en ríos, arroyos y lagunas, con la finalidad de darle un cuerpo (forma y contenido) a ese espíritu flotante del Tao que, haciendo honor a su propia naturaleza, fluía y flotaba por todas partes. Más tarde, pensadores de la talla de Lao Tzu, Men Tzu y Chuang Tzu, entre otros, obsesionados con la esencia del agua, asimilaron la inatrapable *acuosidad* de esta sustancia material con la idea que ellos tenían del espíritu humano, para captar en ella el sentido de su ambivalente y fascinante esencia: el agua, un objeto que, se ve “aparentemente sólido”, no podía sin embargo ser golpeado o dañado como cualquier otro objeto.

Llama la atención que esta misteriosa e *inaprehensible* cualidad del Tao haya sido comparada por aquellos mismos filósofos que pretendían “capturar” su sentido por medio de una definición, nada menos que con el “agua”; un elemento que, irónicamente, también se resbala de las manos. No es casual que esta peculiar esencia del Tao haya sido definida por el propio Lao Tzu, en la primer línea de su libro denominado *Tao Te Ching*, bajo una construcción lingüística denegatoria particularmente interesante:

“El Tao que puede ser explicado¹ no es el Tao verdadero”.

o

“El Tao que puede ser comprendido² no es el Tao real”.

Es evidente que toda la mística con la que ha sido imbuido el Tao a lo largo de los tiempos, en lo que a su ser atañe, nos pone en presencia de una singularidad tan paradójica como fascinante, fundamentada en la esencia del agua: “un objeto que no es un objeto”. Podríamos decir entonces que la contradicción lógica que lleva implícita este extraño “objeto”, cuya particularidad es la de ser un objeto “que NO ES un objeto”, ya es en sí mismo un Koan Zen.

¹Entiéndase aquí “capturado”, “aprehendido”.

²Entiéndase aquí también como “atrapado”, “aprehendido”. Elegimos estas dos traducciones de entre las diez mil traducciones posibles que existen por allí dando vueltas.

En relación a esto, no nos resulta curioso ver que en las lenguas occidentales *captar* signifique “capturar”, ya que viene del latín *per-captum*, igual que el *lapsus*, cuyo tropiezo ocurre en el hablar, por lo que es comprensible que además de “error” signifique, también en latín, “deslizamiento” y “caída”, puesto que es justamente la cualidad “acuosa” de este objeto la que lo hace precisamente fluir hacia abajo, por la inmanente fuerza de la gravedad. Este escurridizo *acuosamiento* del objeto es lo que no cesa de hacerlo “deslizar” o “caer” en la corriente del Tao, del mismo modo que cae quien tropieza con un *lapsus* en la corriente del discurso.

Seguramente esto hizo que los filósofos del Lejano Este vieran en el elemento del agua la metáfora más apropiada para entender una de las características “materiales” más importantes del espíritu humano: su esencia, su ser. No obstante, a diferencia del tratamiento metafísico que le han conferido muchos filósofos occidentales a este paradigmático invento al que denominaron Tao –creado y desarrollado por mentes orientales- dista enormemente de la concepción filosófica que tenían los propios taoístas sobre el sentido de la espiritualidad.

Para los antiguos chinos, el espíritu del hombre era representado por una singular *esencia* que podía ser perfectamente “tocada” o “sentida” pero, bajo ningún concepto, agarrada o poseída. Puede verse en los textos de filosofía oriental que la comparación que ellos hicieron del espíritu con la corriente de un río les garantizó, no sólo construir una postura absolutamente ética respecto de lo real (de lo real en tanto imposible), sino que también lograron establecer un quiebre definitivo con la dialéctica sujeto/objeto; esa misma dialéctica (indestructible para las mentes occidentales) en la que nuestros filósofos más destacados anclaron durante siglos su fascinación.

El beneficio más importante que vino a proporcionar este vínculo entre el agua y el espíritu, amalgamados en la mística singularidad de este “objeto” (que en realidad *no es* un objeto) es lo que le permitió al mismo Tao (camino) no poder ser manipulado por la voluntad de ningún observador (caminante). Podríamos decir entonces que para la concepción del Tao, como Camino, esta original idea que tuvieron los chinos de construir el interior del hombre a imagen y semejanza de la afluencia de un río ya era, en sí mismo, un avance extraordinario. Un gran paso para el hombre. Para el hombre del Tao.

La representación ideográfica de este peculiar paso nos lleva directamente a preguntarnos, ¿qué quiere mostrarnos el Tao llevando implícito en el signo que lo conforma como tal, un pie en movimiento? ¿Qué mejor representación de la muerte que la de los pies que no se mueven y están rígidos y helados, siendo, por el contrario, el calor, la flexibilidad y el movimiento de ellos, de los pies, los sinónimos de vida y salud por excelencia? El estado anterior al movimiento es la quietud, y al ser “camino” un sustantivo abstracto, carente de movimiento propio, se encuentra completamente opuesto al sentido de movilidad y fluidez que posee intrínsecamente la figura del Tao.

Por tener la misma concepción filosófica respecto del movimiento y de la vida, se dice que el viejo Lao Tzu es el equivalente perfecto de nuestro querido Heráclito, en Occidente. Para el ya casi legendario presocrático, al que por sus textos de difícil comprensión llamaban “El oscuro”, el estatismo y la inactividad eran meras ilusiones, lo mismo que para el filósofo chino. Y según los últimos testimonios que nos aporta la ciencia moderna, la inmovilidad parece no existir en ninguna parte del universo más que en la mente y el pensamiento racional de Parménides -el clásico rival de Heráclito-, en cuanto a sus diferencias filosóficas establecidas a priori como diametralmente opuestas.

Parménides logró demostrar (al menos racionalmente) en la elaboración de su mítico UNO que todo el universo estaba contenido en un punto fijo. Únicamente en una construcción filosófica como la de este pensador griego puede existir la “inmovilidad absoluta del ser”. Según parece, el estatismo solamente es posible hallarlo en el pensamiento de Parménides, pese a ser éste incompatible con la popular idea taoísta y zenista de poder detener el libre y permanente fluir de los pensamientos durante una meditación. La inmovilidad absoluta no existe; sólo es posible concebirla racionalmente.

Hasta podemos verlo desde un punto de vista gramatical, el “ser”, a diferencia del “ir”, “venir”, “amar” o, hasta incluso, “pensar”, es uno de los pocos verbos que carece de movimiento. No obstante ello, no hablamos aquí de la quietud corporal que lleva a la muerte física; hablamos de la inmovilidad psíquica que lleva a la muerte espiritual. La parálisis psíquica que precede a la corporal adviene, pues, en el momento en que queremos esforzarnos por entender “qué nos pasa”, “qué nos atraviesa”. Es como detenerse a pensar en cada paso que se da. Si se piensa no se camina. “Caminar sin pensar que se camina”; esa es la verdadera forma de caminar para el pensamiento filosófico de un oriental. O como lo diría el maestro zen: *caminar sin caminar*.

2 - La inaprehensible esencia del Tao

“El que camina sobre la inaprehensible esencia del Tao sabe que El Camino comienza y termina en cada uno de sus pasos”

La condición *sine canon* para postular la existencia del Tao se desliza por vía de la negación del ser, o sea, “por lo que no es”, “por lo que no puede ser”, y yace explícita en la primera línea del *Tao Te King* la cual dice, como citamos antes, según sus distintas traducciones: “El tao que puede ser explicado no es el tao verdadero”; o “El tao que puede ser comprendido no es el tao real”; o “El tao que puede ser encontrado no es el tao único”; o “El Tao que puede ser asimilado no es el tao original”; o... etc, etc. En fin, la lógica que los orientales hicieron de esta construcción gramática de lo que ES esta cosa, enigmáticamente incomprensible llamada “Tao”, lleva siempre como fundamento la misma estructura gramatical denegatoria que la torna, en apariencia, contradictoria y absurda para la habitual forma de pensar que tenemos los occidentales, basada claro está, en el formalismo de la lógica aristotélica: “El tao que puede ser (...) no es (...)”.

Esto quiere decir que, conforme a la misma naturaleza del agua con la que se representa su esencia, el Tao no puede ser *aprehensible* (capaz de ser comprendido), ni *aprehensible*, pero en la vertiente de *aprehendido* (capaz de ser tomado, agarrado), porque su esencia *no es* reductible a la de un objeto cualquiera, un objeto común y corriente. Y no solamente porque no es un objeto no se puede tener de él un *conocimiento aprehensible*, sino porque tal vez lo único que hemos podido aprender hasta ahora sobre la naturaleza de este extraño objeto es que no se lo puede aprender ni aprehender, es decir, que no se puede adquirir un saber sobre el ni por medio del estudio, ni el pensamiento, ni el ejercicio, ni la experiencia, y tampoco se lo puede capturar en ningún sentido, ni siquiera en el de buscar un concepto que al menos intente *definirlo*, (otra manera de atraparlo o abarcarlo en una forma). Por ello, la única “forma” de acceder a esta esencia extraordinariamente sutil que posee el Tao es sólo bajo la estricta condición de que sea reconocida por los intelectuales que la estudian como absolutamente “*Inaprehensible*” (Imposible). Imposible tanto de comprender como de agarrar. Porque sólo reconociendo la peculiaridad de este objeto cuya característica principal es la de no-ser un objeto (un

objeto sólido con tres dimensiones, como lo entenderíamos en Occidente) podremos llegar a elaborar un camino que nos permita desentrañar su misterioso, inabordable y milenario espíritu. Como el Tao no es un objeto al que podamos estudiarlo científicamente y sumergirlo bajo el lente de un microscopio para descubrir de qué material está compuesta su incomprensible naturaleza, nos vemos aquí en el difícil compromiso de intentar construir los pilares racionales que sostengan el valor de sus nuevos fundamentos filosóficos.

Tal vez la misma naturaleza del Tao, como decían los chinos antiguos, se aprenda sin buscar aprenderla (conocerla) y sin buscar aprehenderla (asirla). Y para ello, tal vez debamos adentrarnos en la irónica y casi impensable tarea de “aprehender lo inaprehensible”, que es lo mismo que “agarrar lo inagarrable”, agarrar lo que es en sí mismo “imposible de agarrar”. Dicho en el estilo de la lógica denegatoria que posee el antiguo koan zen, sería dicho así: “agarrar sin agarrar”; que es otra forma de “aprender sin aprehender”.

Aquí en Occidente los investigadores han ensayado una infinidad de traducciones de tipo psicológico respecto de esta extraña lógica de pensar las cosas que proponen los postulados zen, en apariencia absurda y desconcertante para nuestras pequeñas mentes racionales, como por ejemplo con esta construcción del “sin”, que son completamente equívocas, como puede ser esto de “tomar sin poseer”, de “tocar sin agarrar”, de “agarrar sin lastimar”, de “amar sin sofocar”, de “adorar sin inclinarse” y un sinnúmero de cosas similares, lo que vienen a ser, en realidad, una parva de absurdos impensables para el modo que tenemos los occidentales de razonar y comprender las cosas.

Todas estas maneras de entender el carácter *denegatorio* que poseen muchas de estas estructuras semánticas chinas, con las que se han construido gran parte de estos ancestrales postulados, definitivamente han confundido y desesperado a más de un estudioso de la filosofía oriental. Mientras nosotros estamos profundamente comprometidos con la elaboración de nuevas formulaciones, dirigidas a un pensamiento que nos permita acceder y de una vez y por todas al impenetrable camino del Tao, los eruditos occidentales no han hallado hasta ahora la forma abordar racionalmente su atrapante misterio, por eso nos hablan de “La sabiduría de los antiguos chinos” como si fuera una panacea, trocando la riqueza y la espiritualidad de sus axiomas filosóficos en simples y vulgares dogmas religiosos.

Como ya hemos visto que el Tao no es un objeto, ni sólido ni abstracto, por el cual no podemos obtener de él un conocimiento cabal y aprensible, cabe preguntarse entonces, ¿qué clase de cosa es esta que en épocas remotas los chinos naturalistas han denominado Tao?

Para empezar, podríamos volver los pasos sobre la única definición que nos ha dado Lao Tzu en la primer línea de su famoso libro, y tratar de reformularla de la siguiente manera:

El tao es un objeto –que no es- un objeto.

Y para no atorarnos en los vaivenes de la contradicción racional y saber si este postulado tiene o no algún valor más allá del expresado filosóficamente, debemos abordar la nueva definición utilizando como medio y sostén “la lógica de la denegación”.

No olvidemos que la definición de una cosa siempre lleva implícito (todo lo que no es) esa cosa, por la cual la torna absolutamente única e inconfundible. Si algo *es* lo será, justamente, por todo lo que ella *no es*. Por eso, no encontramos una forma más conveniente de redefinir a este singular objeto que no

sea por la vía de la negación. Nos hallamos, pues, frente al objeto “que no es”. Y esto quiere decir que para “ser” ese objeto, denominado como Tao, la condición necesaria es que justamente “no lo sea”. Por eso es posible plantearlo al revez, invirtiendo (o quizás, resolviendo) el problema casi irresoluble que en él se plantea.

En lugar de decir: El tao que puede ser (...) no es el tao (...), decimos:

“El tao que *no es* (...) es el tao que *puede ser* (...)”.

O mejor aún:

“El único tao que *es* (...) es el tao que *no puede ser* (...)”.

Y esto, por supuesto, sólo puede querer decir una sola cosa: “El ser del tao radica en su *no ser*.”

3 - Paso a paso

“No son los Grandes Hombres los que dan grandes pasos en la vida; son los Grandes Pasos los que engrandecen a los hombres”

Como ya dijimos antes, la figura representada en el ideograma Tao es la de un hombre formado por el signo para cabeza y el signo para pie, que, en actitud de andar, muestra un pie a punto de pisar o tal vez en el momento de dar un paso. Este paso, un tanto singular, cuyo especial atractivo quiso el lenguaje fijar en el signo ideográfico, es también lo que siglos después despertaría la atención de todo aquel que intentara comprender el sentido encriptado en él. El interés que este pie “en movimiento” despierta en el lector, constituye el hecho filosófico más importante, puesto que los investigadores del Tao no encuentran en este rasgo humano nada que justifique una especial atención. No obstante, la imagen de ese paso peculiar en el que el pie pisa, lleva implícito algo vivo y completamente *presente*, como si el lenguaje le hubiera dotado al signo del Tao de “vida propia” con la singular representación del pie en movimiento.

Esta singular posición del pie en la marcha es comparable al pisar de los antiguos guerreros en el momento en que dirigiéndose hacia el combate. En primer lugar, la figura del signo Tao, pudo deber su origen al hecho de haberse singularizado en los tiempos antiguos de Sun tzu y de Lao Tzu, el característico modo de avanzar que tenía el ejército cuando los soldados entraban en combate; y en segundo lugar, el ideograma pudo constituirse con los signos para cabeza y pie a los que pertenece el guerrero que inspiró a la lengua china la idea de fijar en el ideograma aquél firme paso.

Los antiguos taoístas habían representado gráficamente al caminante en un ideograma compuesto por el signo para cabeza y el signo para pie, al que denominaron Tao. Ya de por sí la figura de este extraño caminante sugiere la idea de movilidad, de alguien que está inmerso en un movimiento permanente o que navega en una corriente que fluye sin cesar, ya sea de manera continua o discontinua, de modo similar a las representadas en el I Ching por las líneas del ying y yang.

Esta singular marcha retratada aquí es el modo que tiene el guerrero de avanzar, decidida y valientemente, cuando va al frente. Vemos así a la figura del antiguo ideograma chino en la misma

actitud solitaria e independiente, como quien intenta “abrirse camino” por sí mismo. Formado a semejanza del apelativo que designa al dios de la guerra latino dirigiéndose al combate –Mars Gradivus-, cuyo espíritu o “carácter” dotaron los primeros filósofos chinos con la imagen de un río. El lenguaje colocó al Hombre del Tao en una actitud semejante a la del soldado que se levanta para el combate. Ese paso militar corresponde al del artista marcial que esta “en pie de guerra”, listo para avanzar en la batalla, cuyo código de ética –que podría perfectamente hacernos recordar al del samurai japonés- no puede ser otro que el de aquel guerrero que lucha (o camina) denodadamente hasta final. Hasta muerte.

Nada más apropiado –y natural- para el temple de un virtuoso guerrero que disponer de la capacidad de adaptarse como el agua a todas las situaciones que debe afrontar en el fragor de la batalla. La fuerza y la velocidad de un torrente, combinada con el suave y silencioso fluir de una ola dotan al guerrero de un poder inquebrantable. Esa transparente o “invisible” coraza líquida sobre la que resbalan las embestidas del enemigo es su mejor escudo y aliado.

Como vemos, la esencia del agua hace del Hombre del Tao un ser absolutamente “intocable”. No por nada la virtud más preciada en un héroe que entrega su vida en el campo de batalla sea la de no ser “tocado” o “capturado” por sus enemigos (cualidades éstas propias de un espíritu construido a imagen y semejanza de las cualidades que posee el agua). Baste citar aquí lo que alguna vez alguien le dijo a Napoleón: “Mire, aquél Capitán es más grande que usted”. –“No, no –contestó Napoleón-; él es más alto. ¡Más grande soy yo!”.

Si bien la realización del paso se sustenta del movimiento del pie, y éste, del acto de pisar “ahí”, ocurre que no siempre que se pone el pie “ahí” se logra efectivamente dar un paso. Ya sea porque nunca se dio “un paso” de verdad o porque no se construyó un “ahí”. Los únicos pasos que no dejan huellas, que no son escritos, son los pasos que no se dan; esos que parecen darse pero que indudablemente no llevan a ninguna parte. La única manera de “caminar y no-escribir” es dando pasos que no son pasos sino apenas vanos intentos de andar. Caminar sin dejar rastro del pie es como flotar, soñar, andar a la deriva, caminar en el aire o en el agua; que es una manera de no avanzar, y ésta, de no existir. Si hay “desplazamiento del pie” también hay paso y hay pisada. Pisar, no es únicamente cubrir con los pies parte de una superficie, ni ponerlos alternativamente en el suelo al andar, es también entrar en un lugar o estar presente en él. La pisada (señal dejada por los pies al andar) es el único rastro visible –y legible- que existe en el acto de caminar.

Cuando la Apolo 11 alunizó y Amstrong pisó por primera vez la luna dijo: “Estoy bajando del módulo lunar... este es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad”. Pero, nos preguntamos, ¿cómo entender esto? ¿Qué significado puede tener esta metáfora? ¿Cómo puede la humanidad dar pasos si no tiene pie? Y en todo caso, ¿cuál es la diferencia entre ese pequeño paso del hombre y ese gran paso de la humanidad?

Aquí lo primero que salta a la vista es que no es necesario el pie para dar pasos. Podemos vislumbrar la dimensión de este “paso” ya no como (el movimiento de cada uno de los pies al andar) sino en el sentido más profundo de “progreso”, y éste, como la “acción de avanzar”, y más específicamente, como el cambio gradual de algo tendiendo a aumentar o a mejorar. Este “gran paso” que ha dado la humanidad, con el pie de Amstrong, tiene un sentido positivo y benéfico, totalmente venturoso; no por nada es comprendido por todo el mundo como “el desarrollo de la civilización”.

Desde este punto de vista, podemos instituir aquí dos tipos de pasos: está “el paso” que se da por necesidad. El paso común y corriente. El que no deja huella ni produce en el que lo da ningún efecto o cambio aparente, y está “El Paso”, con mayúscula. El Paso que cifra. El Paso que historiza el recorrido. El Paso que deja grabada en la memoria colectiva la indeleble impronta del éxito personal, que es al mismo tiempo –y Amtrong así lo ha demostrado– la impronta del éxito de la humanidad.

No hay nada de extraño en esto. De hecho, vivimos dando pasos. La cuestión es cómo hacer para que alguno de esos “pasos” se conviertan en un verdadero “Paso” en la vida. Son esos pasos en falsos los que lo hacen a uno “andar mal”. Andar mal o no andar bien, es de todos modos un “mal andar”, que en realidad es un no–andar. El malestar del sujeto, el “estar mal”, deviene del estar transitando algo que no marcha bien, algo que anda mal o, directamente, algo que no anda. Lo que no camina no funciona, y lo que no se mueve es porque está muerto o acabado. Al recordar que el movimiento ES el signo de vida por excelencia, nos viene a la mente ahora aquella exclamación que Jesús le hiciera a Lázaro, en la que puede verse esta necesidad de formular la afirmación del movimiento como única manera de sacarlo del mortífero letargo: No alcanzaba con: “¡levántate!”; tenía que decirle: “¡y anda!”.

En el Paso que escribimos aquí con mayúscula está implícito el movimiento como marcha. La marca que deja su huella como señal hace camino (pavimento), que es la comunicación que establece con el primer y último paso, o sea, la (entrada–en y la salida–de). El paso que *no* pone en juego la entrada o la salida de un lugar, no es “un paso”, sino “un paso más”.

Para que el paso no pierda su valor real y adquiriera el estatuto de *litera* (letra en latín), debe convertirse en pisada al descender a la *terra*. De este modo el caminante-escritor puede fundar con su *litera-terra* (literatura) un nuevo escrito, una nueva *litturaterra* (terreno para escribir). No olvidemos que el piso es el apoyo y el sostén de quien camina, de allí que el caminante necesite de la sustentabilidad de la escritura para poder andar. Andar bien.

La pisada dejada por el paso crea la huella que deja el pie en el suelo, al pisar. El camino se inaugura (en el paso) y (con el paso). En una parte del Tao Te King, Lao tzu explica que: “Un camino de mil millas comienza con el primer paso”, y aunque a simple vista no sea fácil de visualizar, el primer paso siempre lleva implícita la huella velada del último, como señal y como destino.

Dar “El Paso” es lo que permite entrar o salir, nacer o morir. El acto de caminar es mucho más que *un medio* que permite llegar a un destino; es para quien recorre paso a paso el camino real *un fin* en sí mismo. La puesta en acto del pie en el andar es el medio por el cual el escribiente alcanza a transitar el camino del progreso y la construcción. Le llamaremos “transcribiente”, (el que escribe transitando). Gracias al transcribiente es posible abandonar la vieja ilusión de inmovilidad creada (en y por) el pensamiento cartesiano.

Pensando ahora en Arquímedes y en su clásico axioma “Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo”, podemos situar aquí también un punto de apoyo para dar el paso y establecer, de este modo, la localización de lo “íntimo” en lo recóndito del afuera. Para sostenerse *en pie* se requiere de un lugar firme donde pisar. Hay peligro en andar donde no se hace pie, de allí la necesidad de construir un nuevo sendero para abordar este viejo tema y no hundirse en las turbias y acuosas profundidades de la metafísica. Por eso, en este sentido, el paso que necesitamos dar aquí debe contar obligatoriamente, para no sucumbir con él, con al menos un punto de apoyatura.

Como ya vimos, en el ideograma Tao se vela y se vislumbra al mismo tiempo la imagen de alguien dando un paso, como la viva representación de la escritura de una letra. El escrito se produce ahí, en el camino, en virtud del acto de dar un paso. El que avanza con ímpetu ataca, embiste y desviste lo que reviste con la fuerza de su puño y letra. El paso de hoy es la letra que recorreremos mañana; el recuerdo que permanecerá como huella impresa en el ayer. El paso del caminante va de la oscuridad a la luz. El hombre del Tao surge únicamente (en el paso) y (con el paso). Quien recorre el camino aparece (con su presencia) en lo que aparece (lo que se ve).

Son estas pisadas las que –convertidas en letras legibles– van a ir conduciendo nuestra vida, paso a paso, segundo a segundo, con el ritmo y el pulso de nuestro reloj biológico, en completa armonía con el ritmo cósmico del tiempo que paulatinamente nos atraviesa. Apenas tres o cuatro de estos “Pasos” bastan para decidir y encauzar la suerte de nuestro destino. Para aquellos heroicos caminantes que avanzan a “grandes pasos” no les es difícil transformar sus enormes pisadas en epopeyas personales, con la posibilidad de rescribir su propia historia de principio a fin. Para entonces, el último paso no será otra cosa que el punto final de su historia. Ese paso que damos para no volver. Ése en el que ya no hay retorno o vuelta atrás. En fin, hablamos de: “el paso al más allá”.

Todos los pasos que precisamos dar para poder llegar a ese último paso que marca el fin de todo el recorrido vivido es, en sí mismo, la unidad de medida que tenemos más cercana al esfuerzo y al sacrificio. Está la impronta de esos pasos que quedan en el camino, con los que escribimos nuestro presente e historizamos nuestro pasado, ése al que llamamos “vida”; y están esas otras huellas que se graban sólo en el cuerpo, como un signo indeleble del paso de los años que llamamos “síntomas”, o simplemente, “vejez”. Los lugares por los que pasamos, las cosas que debimos hacer, las pérdidas y malestares que estoicamente soportamos los hombres son sólo secuelas que al final del camino se convierten en huellas, huellas que de alguna manera quedan trazadas en el cuerpo y en la piel como un resto visible y legible de nuestra viva experiencia. De nuestro paso por la vida.

El ideograma del Tao muestra el pequeño paso que puede dar un hombre, como individuo, y el gran paso que puede dar El hombre, como todos los hombres o como humanidad. Solamente el día que nos detengamos podremos darnos cuenta de que no estamos vivos, si logramos comprender que el *vestigio* no es otra cosa que la marca que deja el pie al desplazarse de un lugar a otro: el mismo pie que se encuentra en el ideograma representando el lugar que ocupa el ser del caminante.

Por todo esto, no creemos banal ni apresurado decir que el Hombre del Tao fue, es y será siempre para los orientales –y tal vez ahora que se ha divulgado por todo el mundo, para los occidentales también– el modelo o paradigma del Hombre Espiritual. Es Sun Tzu, es Lao Tzu y es Kung Fu Tzu, para los orientales. Es cada uno de los maestros y pensadores que tuvo la humanidad. Es el pacifista y es el bárbaro; es el Iluminado y el alucinado. Es Cristo y es Buda. Es Newton, es Einstein, pero también es Alejandro, es Julio César, Napoleón, Gengis Kan, Hitler y Stalin. Es cada uno de los hombres que hicieron historia, y cada uno de los que potencialmente pueden hacerla aún. Son los que construyeron el mundo en que vivimos, pero también los que los destruyeron. Soy “yo”; eres “tu”; es “él”; somos “nosotros” y también son “ellos”. Somos todos. Todos en conjunto y cada uno individualmente. El Tao es tanto “un hombre” como la idealización de “El hombre”, el representante de la especie humana, el propulsor de la civilización y también de la barbarie.

4 - Un camino sin camino

“El camino no se busca, el camino no existe; el camino surge como efecto del acto de caminar”

Si iniciamos esta labor de investigación sobre el concepto “Camino” no es para envolvernos en las túnicas de los viejos monjes taoístas y repetir como estúpidos autistas frases hechas y gastadas, como si nuestro interés pasara por evocar los ecos de un místico y lejano mantra. La idea es profundizar sobre el carácter de este singular problema, y elaborar entorno a él un marco teórico-práctico lo suficientemente consistente como para que nos permita afianzarnos y empezar a caminar en una nueva dirección. Es decir, avanzar y progresar ilimitadamente.

El Camino es, por su misma definición, un “atravesamiento”. Un “a través de”, un “pasar por”, un “desplazarse hacia”. Lo que uno *atraviesa* es, esencialmente, lo mismo que lo que a uno *lo atraviesa*, a saber: la palabra que se dice, que se dice sin saber que se dice y sin saber qué se dice.

Si entendemos al camino como un mero sustantivo abstracto, entonces su intangible superficie destinada a “escribir” (caminar) no puede ser previa sino *supuesta*. Si se camina, no será pues por la suposición de que “hay camino”, sino por la convicción de que “hay paso”. De allí el ideograma utilizado por los chinos para componer el Tao. El camino pierde la abstracción que lo conforma y caracteriza al ser construido con el paso de quien avanza. Si no hay *recorrido* no existe camino ni escrito, sólo la presunción de lo que algo puede ser escrito o caminado. El camino no existe –a priori-; es nada más que una hipótesis que ha de ser verificada por la existencia o no de las huellas dejadas por quien camina.

Ni el camino ni el caminante existen como dos entidades aisladas, individuales o preexistentes. Lo único que le da la entidad de “caminante” a quien camina es El Paso, como dice el poeta, caminante y camino se hacen *uno* al andar.

Si los pies permanecen juntos y el pie nunca tiende a avanzar no hay camino ni caminante, sólo un sujeto detenido y patitieso en algún lugar indefinido, definido como no-lugar. Pensemos ahora como si ese “lugar” pudiera ser representado con un punto negro en medio de una hoja en blanco, y el sujeto estuviera parado en ese punto del espacio. La imposibilidad de dar un paso surgiría de la falta de lugar donde pisar, ya que lo único que hay a su alrededor es sólo un angustiante y aterrador vacío (el no-lugar) que se extiende ilimitadamente hacia todas direcciones.

Sabemos que puede uno detenerse a reflexionar sobre el rumbo que ha tomado su camino, pero no puede pensar cada paso que va a dar en él: se camina y ya. Pensar en el camino es una forma de no recorrerlo. Para el occidental que cree que comprende o que puede comprender el verdadero sentido del Tao, el camino es la metáfora de un destino prefijado, de una senda idealizada; pero para el verdadero hombre del Tao, para ése que a cada paso del recorrido demuestra *su existencia* (la suya y la del camino) el camino no significa nada; el camino es sólo una excusa para caminar. No se puede concebir el camino sin el caminante que lo recorra. Y menos sin el Paso que los enlaza y los enfunda en un sólo hecho real y contundente. El camino no existe como tal; el camino se inicia con el primer paso, pero es el último el que en realidad le da *sentido* a todo el camino.

Si vemos al signo del Tao como una hoja en blanco y a cada paso que se da como un punto que se escribe sobre su plana superficie, la sucesión ilimitada de puntos será la línea o el vector que representa

gráficamente el recorrido del caminante. La imagen que se desprende de la extensión de este “trazo” es la que ha dado origen a la metáfora de la “Vía” con que el Tao ha sido siempre representado. Los chinos la llaman “Tai Chi”. Y es la viga mayor que sostiene el techo de una casa. Tal vez esta extraña y descollante concepción de “El Paso como Letra” pueda servirnos no sólo para salir airosos de la filosofía taoísta, sino también para instrumentar con regla y compás una nueva “Geometría Espiritual”.

En esta flamante “geometría del espíritu”, digámoslo así, cada paso que se da es una letra que se escribe. Cada letra cifra un texto que, el escribiente, generalmente ignora o desconoce. Se demuestra la existencia del camino por las huellas que dejó el caminante, no por la *presunción* de que alguien caminó. Está claro que si no existen rastros visibles del camino ni de quien camina, no podemos hablar de recorrido ni de caminante. Sin huella (escrito) no hay pie (pluma), ni paso (letra), ni caminante (sujeto), ni camino (escrito), ni nada de nada; principalmente porque nunca hubo movimiento (vida), ni fuerza para moverse (deseo). Tal vez sólo una débil y esporádica intención de caminar o escribir, que el caminante o escritor jamás pudo llegar a realizar.

Si *caminar* (trasladarse de un lugar a otro) ES *escribir* (poner el pie, ahí, en ese preciso lugar), leer ES *rastrear vestigios* (seguir la marca dejada por la planta del pie, ahí, exactamente donde se ha pisado). La existencia del camino se sustenta pura y exclusivamente de la existencia del caminante. El hombre que hace de la nada un camino con cada paso que da, es él mismo que construye su propia realidad al hacerse “uno con el camino”. Es lo que significa “tomar *posesión* del camino”, o como decían los antiguos chinos: “Cabalgar sobre el Dragón”.³

Seguramente habrá infinidad de caminos por los que se puedan transitar, pero de todos ellos sólo uno podremos recorrer: el nuestro. No son tan importantes los caminos como lo es (mí) camino: la senda que construyo con mi paso. La sola decisión de tomar “ese camino” y no cualquier otro invalida instantáneamente a todos los demás. Para fundar un camino real, uno sólo, hay que perder antes los infinitos caminos que hemos idealizado, los que nos gustaría recorrer, aquellos que nos impiden hacer el acto fundacional del Uno, del Primer Paso. Esto implica que quien se dispone a andar sabe que hay que desprenderse siempre de algo. Dar el primer paso implica abandonar un lugar e ingresar en otro; cambiar de posición para adoptar una nueva: ¿o acaso cada paso que se da no exige abandonar el anterior para seguir caminando? Caminante y camino jamás van por sendas separadas, lo mismo que escritura y escribiente. Si es cierto que “caminar es escribir”, entonces, no puede haber vida *sin* escrito.

El Hombre del Tao, pues, no sólo es un caminante, es también un guerrero y un escribiente. Un hombre virtuoso que está a punto de dar “un gran paso” en la vida. Su eterna lucha entre el yin y el yang es para escribir con el pie lo que insiste por decir con su alma. Sin embargo, no siempre “Caminar es Escribir”. La mayoría de los pasos que normalmente damos no dejan tras de sí la impronta de un carácter fresco y vibrátil, por lo que a pocos metros de andar, los aprendices de escritor, los caminantes que no pueden hacer de cada paso una escritura, caen rendidos y frustrados a los pies de su propia letra muerta.

El que camina sin dejar huellas es porque jamás ha dado un verdadero Paso. Porque no caminaba; *creía* que caminaba. Nunca hizo otra cosa que “caminar en el aire” o dar “pasos en falso”. El avance siempre

³ Utilizamos aquí esta antigua expresión china, generalmente traducida como “viajar con el viento”, “montarse en lo que pasa”, “fluir con el acontecer”, con la expresa intención de referirnos a “Dominar la situación”.

se nota por los pasos que se han dado, y éstos se verifican por el rastro que dejan tras de sí. De aquí que el camino nunca esté por adelante del que camina sino que sea un efecto del propio acto de caminar. Es un error visualizar el camino en el futuro, cuando en realidad ni siquiera se halla detrás del caminante. El camino no está antes ni después de uno, del que camina, está *durante* el tiempo en que se transita en él y por él. Es más, el camino existe porque alguien *camina*, no porque alguien *piensa* que existe o que camina. Quien piensa en caminar, no camina. Quien piensa en tomar la pluma, no escribe. Quien piensa en ser libre, no escucha las cadenas que arrastran sus tobillos.

Sin embargo, a diferencia de los “hechos naturales”, en el caso de los “actos humanos”, si bien siempre se está escribiendo no todo queda escrito o puede escribirse y, pese a que todo el tiempo se está intentando escribir, es muy poco lo que llega a escribirse o inscribirse como Real. La huella o “carácter” que va dejando el pie al caminar es –el único- rastro visible y (legible) que garantiza la existencia del caminante como tal.

En nuestra nueva Geometría Espiritual y bajo esta misma lógica del andar, caminar ES vivir. Lo que ya no camina (ni para delante ni para atrás) no sirve, pues está muerto. Lo que uno *vive*, –más precisamente lo que uno *escribe*-, tarde o temprano tiene que andar. Lo que llega no avisa cuando llega, y lo que pasa no pide permiso cuando pasa. El pasar lleva la violencia implícita en su mismo movimiento, por ejemplo, cuando se dice “me pasó por arriba” o “me aplastó”. Es ahí cuando el (mí) es quien debe dar un “paso al costado” para no ser aplastado (por) el propio paso del uno. El mí debe abandonar su centro narcisista y desplazarse hacia un costado. Debe correrse para dejar correr y descorrerse para dejarse ver. Pero “correrse” no equivale a “evadirse”, a no ser responsable, sino sólo a vivir el momento que pasa, el instante que nos atraviesa. El yo suele inmiscuirse en los asuntos de uno, suele meterse en el camino que debe liberar para no ser arrasado él mismo por la misma fuerza que lo impulsa.

Bajo esta misma lógica podríamos pensar que la superficie del camino *rechaza* permanentemente la función del Paso (la inscripción de la letra) con una fuerza diametralmente proporcional a la que ejerce la presión del carácter para ser impreso. Con un esfuerzo de imaginación podemos ver que la consistencia de la superficie del piso se resiste y empuja hacia arriba y hacia fuera la pisada, obstruyendo e impidiendo con ello lo que podemos denominar: “Operación de Inscripción”.

Si imaginamos al camino como un hoja en blanco podemos comprender que hay algo que resiste a ser escrito o pisado. La inconsistencia del camino siempre va a excluir el paso de la letra al caminar. Esto quiere decir que el piso de la senda rechaza al pie que no pisa fuerte. Es ahí cuando la pisada no deja huella y creemos dar un paso pero nunca es Un Paso. Cuando pensamos que estamos avanzando pero no vamos a ninguna parte, porque en realidad nunca salimos de donde estábamos parados.

5 - El pisar–ahí

“Si “Pie” es un significante del cuerpo despedazado en la naturaleza humana, que va a dar como resultado El Paso, el “pisar–ahí” es la verdad que sostiene la apariencia de caminar”

Ha llegado el momento de recurrir aquí a una de las clásicas postulaciones del existencialismo, con la explícita intención de citar a aquel gran filósofo alemán, Martín Heidegger, y retomar su clásico

concepto de: “ser–ahí” para construir y reafirmar, sobre la consistencia de esta plataforma semántica, nuestro propio concepto de: “pisar–ahí”.

El adverbio de lugar “ahí” puede ser entendido aquí para poner en juego la delimitación de un borde como sitio, un lugar que se corresponde justamente con el espacio en donde uno debe poner el pie, si quiere dar un paso. La utilización de este adverbio nos permitirá aplastar de un sólo golpe toda ese aura de misterio con el que algunos estudiosos y eruditos occidentales han envuelto de misticismo el viejo concepto de “Camino”. Si estamos en lo cierto y podemos sostener la suposición primera de que “hay camino” no será por creer en algo místico, sino más bien por la posibilidad concreta que tenemos de “dar pasos”, y éstos, gracias a que existe el lugar donde poder pisar o poner el pie: “¡ahí!”.

En tanto exista un lugar donde poder pisar ahí (adelante), será posible fundar con el paso un camino y una brecha para desplazarse y caminar. Abandonar una postura inamovible, emplazada en una idea fija u obsesiva no es fácil y requiere del pisar–ahí, que es la manera que tiene el *transitante* (el que transita a través de) de decir que no está muerto, que todavía hay camino, que el corazón del guerrero sigue latiendo y aún puede avanzar un poco más, puede seguir caminando y luchando hasta la muerte. En fin, lo que el *transitante* viene a manifestar con la articulación de su sola presencia es que no todo está perdido, que antes de caer en los enredos de la mente, en los vaivenes y dubitaciones neuróticos, todavía es posible dar un paso más. Uno más. Aún.

Pisar–ahí no sólo es necesario para salir de ese mortífero estancamiento que es la paralización neurótica del no saber qué hacer; también podemos entenderlo como una invocación a la marcha, como un llamado a la lucha, como la orden de “¡adelante!” que da el general a su tropa en medio del fragor de la batalla.

Si el *vestigium* –además de ser un resto- es la planta o la huella del pie, es evidente que cuando uno dice que esta “con un pie en el altar” o “con un pie en el avión” está articulando la función de *facere vestigium in loco*, que es la de “poner un pie en un lugar”, lo que desde un punto de vista filosófico podríamos definir como “el acto de *hacer pie*” (ahí). Este tocar fondo es muy diferente de la imagen metafísica creada por La psicología de las profundidades, cuando habla del “bucear en el fondo” o del “nadar en lo profundo”, por la posibilidad tangible y *decible* que tiene el pie de “pisar–ahí”. Si parodiamos el “ser–ahí” heideggeriano será únicamente para ayudarnos a graficar con el pie, que es la instancia de un significante desmembrado del cuerpo humano, la presencia del Ser como tal⁴. Una presencia que, evidentemente, ya habían percibido antes los antiguos chinos. No por nada decidieron representar “El Camino” con un signo en el que puede verse claramente la cabeza y el pie del caminante.

A todas luces vemos que El Paso está en íntima relación con lo que nos pasa, física y espiritualmente. El carácter de una persona está determinado por el *jarácter* (el signo o la huella) de su paso por los hechos. Un tropezón, una caída, o incluso un simple cambio de dirección en nuestra vida será siempre la consecuencia de un *traspie* sobre el discurso, lo que llamaríamos un “mal paso” o un paso “mal dado”.

En este caso y bajo esta nueva perspectiva el yo debe ceder y dar paso a lo que ocurre y transcurre en él, como sujeto de la palabra, de lo contrario corre el peligro de tropezar dos veces con la misma letra,

⁴No olvidemos que el pie es el símbolo emblemático de la apoyatura y el sostén del hombre.

pues para el neurótico el único obstáculo está en el decir, en el poder decir o no decir lo que le pasa interiormente. Cuando el paso no es el un verdadero paso, el caminante quedará aplastado paradójicamente por el mismo peso de su pie. Cuando él pisa, *se pisa*. Se dice a sí mismo, rebelándose él mismo como una verdad fallidamente dicha, como en todos los casos, a medias.

No olvidemos que es La Letra la única que acierta al fallar; la que escribe al fallir. Estos tropiezos que le ocurren eventualmente al caminante son visibles gracias al poder de lo que podríamos representar con la imagen de ese viejo lápiz rojo o *cerula miniatula* (el pedacito de cera con el que antiguamente se indicaban o *subrayaban* las faltas de un escrito). Por eso, siempre que ocurre el tropiezo debemos preguntarnos, ¿qué pasa ahí?, ¿qué cosa pasa con el pie?, ¿por qué trastabilló? ¿por qué caigo?, ¿qué cosa hay de verdad en este encuentro con lo real de mi propio paso?

Por ejemplo, cuando Colón pisa tierra firme no hace otra cosa que hacer un acto fundacional respecto del lugar al que logró arribar. Es decir, puso “el pie ahí”, en esa tierra desconocida y a mismo tiempo abrió paso a un Nuevo Continente. Con ese hecho histórico el navegante español escribió con las letras de un nombre propio, “Américo Vesputio”, “América”, el propio nombre de la tierra descubierta. Nada menos que el nombre de aquel que diviso por vez primera ese nuevo territorio desde lo alto del carajo y lo nombró –como nombra Dios en la Biblia cada cosa que crea en el universo–: ¡Tierra!, ¡Tierra!. Colón escribió el nombre de la nueva *terra* con la *litera* del nombre de quien nombra, produciendo así una nueva *literaterra* o *lituraterra*, que es la literatura que permite articular los hechos del discurso. Es el lenguaje el que le permite al hombre tener acceso a estas construcciones que realiza el inconsciente por medio de la lengua. En este caso, no sólo le ha permitido crear con la palabra algo que hasta entonces no existía como tal, sino que también fundar un espacio nuevo para habitar.

De esta mirada que hemos elaborado sobre El camino y, especialmente sobre el sentido que se desprende de “El Paso como Letra”, surge una nueva postulación: “Cada paso es una letra que se escribe”.

En esta misma dirección podemos ver que cada huella es un *vestigium* y un resto “legible” que el caminante escribe inmediatamente –*e vestigio*–, con el *transitus*, el acto de “pasar a través de”. Bajo esta nueva luz, El Paso es entendido no sólo como la acción de “pasar” sino también como la acción de “pisar”, o más precisamente, como un rastro dejado como un resto. Este es el *Passus* con el que uno hace cosas en la vida; el mismo con el que va construyendo *literariamente* la dirección de su nuevo destino. Porque lo literal de la *litera* (letra) está destinado a ser siempre borde de un litoral. Es decir; la orilla que el caminante o *transcribiente* (el que escribe a través de) camina o trans–cribe “a la letra”. Literalmente hablando.

6 - Del Pie y del andar

“La esencia del caminante es propiamente el acto de avanzar. Y si no se puede avanzar, trazar, escribir, construir–con–el–paso, decir con el hecho... jamás habrá camino ni caminante”

Desde la más remota antigüedad el pie ha servido como una unidad de medida indispensable para establecer las distancias entre los objetos, pues es la parte de la extremidad de la pierna que sirve para

SOSTENERSE Y ANDAR. El paso, en cambio, ha permitido en nuestra teoría cifrar la dimensión de los hechos y al mismo tiempo ser la medida de todas las cosas.

Lo que articula el movimiento de cada uno de los pies es lo que permite dar el paso. Si Andar es “ir de un lugar a otro dando pasos”, Pisar es “entrar en un lugar o estar en él cubriendo parte de alguna cosa”. Estar fuerte como para levantarse y caminar, *levantarse* y *andar*, o, por el contrario, el caso de alguien que está tan viejo y enfermo que ya no puede ni levantarse.

“Dar pasos” es, básicamente, caminar en la dirección de lo que se busca conseguir, pero, también es hacer lo necesario para alcanzar algún fin o resultado determinado. Si el movimiento no es una mera ilusión es porque existe el concepto de “progreso” -en el sentido más estricto de avanzar, de moverse hacia delante-. Y el paso, o más precisamente la huella que sobreviene del acto de avanzar es, para el mismo sujeto o caminante que la produce, un punto de referencia en el espacio y en el lugar en que se encuentra emplazado como tal.

Normalmente se cree que si no se puede avanzar y progresar es porque hay algo que nos lo impide. Pero ese “algo” es justamente lo que representa la falta de algo. Para ser más preciso, la falta de un camino, de un lugar por donde andar y desplazarse. La subjetividad del sujeto descansa en la misma consistencia del punto en el que se apoya, y si el lugar donde se pisa es frágil y mortalmente inconsistente, el supuesto caminante se clava, se petrifica y se hunde en ese punto negro del espacio en el que es condenado perpetuamente a la inmovilidad vegetativa.

El advenimiento de “El Uno” se produce como efecto de la operación del no-todo, y ésta, con la articulación del paso, que es la escritura de una letra en un lugar muy preciso del afuera: ahí. Dar “el paso” es construir, progresar en esta dirección. Es “dar lugar a la pisada”. Es “abrirse paso” a la existencia a fuerza de deseo y decisión. Ese punto de apoyatura para el sujeto del acto de caminar surge siempre de la elaboración del Uno, en tanto Letra y Paso.

La posibilidad de romper con el destino predeterminado al que está sujeto quien camina como objeto del deseo de otro surge de la misma decisión de dar el paso, de poner un pie *ahí*, en un lugar que antes del paso no existía para él. Como efecto de este movimiento, de este cambio de posición, el caminante comienza a reinventar la senda y a transitar por un camino completamente nuevo, trazado ahora por el impulso de su propio deseo. Un deseo que, como una flecha mágica y poderosa, no cesa de viajar hacia donde yace la morada de su nuevo destino. Sin embargo, para saber cuál es la dirección a la que apunta la flecha (el blanco o destino al que se está dirigiendo) no hace falta que vea hacia donde apunta la punta, alcanza sólo con saber leer *la dirección* que lleva cifrada en la punta de la punta.

Querer saber nuestro destino sin poder ver antes hacia donde va nuestro deseo es como mirar el dedo que apunta a la luna y no ver la luna. Los antiguos chinos vivían preguntándose: “¿hacia dónde apunta la punta?”; “¿hacia dónde señala el dedo?”; “¿hacia dónde enviste la flecha?”. Es decir; ¿hacia donde va nuestro deseo?, ¿a dónde nos dirige este camino?, ¿cuál es el sentido del paso que hemos dado?

De estas reflexiones, podemos pensar la articulación del uno y el modo en que es posible situarlo en el espacio. Los tres sentidos de la dirección del Uno, corresponden básicamente a: *qué*, *en qué*, y *a qué*. No tiene ninguna importancia conocer “porqué” o “para qué” hacemos lo que hacemos; lo que tenemos que saber es *qué* es lo que nos dirige, *en qué* dirección eso nos dirige, y *a qué* dirección eso nos hace dirigir. No podemos ignorar *qué* manda o guía en uno, *en qué* rumbo o sentido uno está encaminado, o

a qué domicilio o destino uno va dirigido. Desconocer estos tres puntos de referencia es, lisa y llanamente, andar perdido por la vida. La controversia está planteada para el neurótico: o se conforma con vivir en el perpetuo estancamiento o sale a buscar un camino que tenga por finalidad el avance y el progreso permanente.

7 - El Tao del Tao

“El Tao (el camino) surge como consecuencia del acto de recorrer El Camino (el tao)”

Llegado a este punto de la exposición estamos en condiciones de poder esclarecer el sentido del título elegido para el presente trabajo. Después de lo expuesto hasta aquí y como resultado de dicho recorrido, podemos formular una proposición en forma categórica: El Tao no existe.

Si el camino no existe sin el caminante que lo recorra, el Tao -que es la representación de El Camino por excelencia-, tampoco existe. Si seguimos la línea de lo que vinimos diciendo hasta ahora, podemos ver claramente que el Tao no es algo que pueda existir a priori, no es algo natural ya dado en el hombre que tenga que ser descubierto; el Tao es una construcción del sujeto, algo que va haciendo real cada caminante con la puesta en acto de cada uno de sus pasos.

Como ya explicamos en el punto 4, el Tao es algo que el sujeto inventa mientras recorre. O mejor aún: el Tao es un efecto que surge del acto de caminar. Por eso no se puede hablar del Tao, ni se lo puede entender, ni comprender, ni conocer, ni explicar, ni hacer nada de nada con él, porque no es un objeto en sí mismo, sólo existe como la representación de algo a construir. He aquí la cuestión más sorprendente.

Esa es la razón por la que decidimos usar como título la expresión “El Tao del Tao”, como una necesidad de discurso, como un recurso de la palabra para decir sintéticamente que en la misma articulación del Paso es donde se funda no solo el caminante, como sujeto del acto de caminar, sino el propio Tao, como espacio donde tiene lugar la apoyatura del pie. Es decir: el Tao surge con el Tao. Por eso decimos que el único Tao *real* es el Tao que se puede construir con la palabra. Ni entender ni comprender ni nada que se le parezca; el Tao hay que inventarlo para que exista. O no existe.

El caminante, en la búsqueda del *sentido* (del tao), interrumpe la inmovilidad que lo estanca en el silencio con un paso, y otro paso. No hay una figura del caminante establecida a priori, independientemente del camino; sólo la continuidad de los pasos, del paso-a-paso, es lo que va dejando creando la ilusión del caminante como sujeto del tramo recorrido. Caminante es sólo “el que camina”, el que va hacia delante buscando “el porvenir de sus pasos”, es decir, “los pasos que están por venir”.

A la luz de esta misma elaboración nos surge aquí, como ya dijimos, la necesidad de formular esta tautología de “El Tao del Tao” como la única forma posible de decir lo que es *imposible de decir*. Pues si el Tao es un efecto del mismo Tao, es decir -de su propia construcción-, el “porvenir” del Tao no se encontrará en otro lado más que en el propio Tao, en el Tao que está “por-venir”. De allí que el único Tao que puede ser real es el Tao del Tao. El que adviene como efecto de su propio fluir.

Si Lao Tzu dice en la primer estrofa de su Tao Te Ching: “El Tao que puede ser expresado no es el Tao eterno”, es porque lo que quiere mostrar es que el Tao ni es un objeto que preexiste al sujeto que hay en él, ni es un objeto que es independiente del sujeto que lo nombra; por eso no puede ser expresado, entendido, ni conocido, ni explicado, ni descubierto, ni nada que se le parezca. En una palabra, para Lao Tzu el Tao es en sí mismo *un imposible*.

Lo que se deja entrever aquí bajo la máscara de esta primer formulación es que el único Tao que puede ser *posible* (o real o eterno) es el Tao que el sujeto puede construir como posible y hacer como consecuencia de su andar real o eterno. Es el mismo filósofo quien traduce al *tao* como “vía” o “camino” para dejar implícito en él al sujeto que lo recorre, al caminante que lo construye con su andar. Prueba de ello son el pie y la cabeza del hombre que se encuentran en la propia palabra “*tao*”, que no son otros que el pie y la cabeza del propio Lao Tzu, quien hizo de este significante un libro (el Libro de Tao) que desafía los límites del eterno presente.

La proeza literaria de este gran pensador chino fue haber abierto “un camino” (un tao) para el mismo “tao”. Un camino que él mismo recorrió hasta dejar su genio, su figura y hasta la impronta de su propio paso grabada en el ideograma que lo nombra y funda como tal.⁵

INDICE

- 1 El Tao: un objeto que no es un objeto
- 2 La inaprehensible esencia del Tao
- 3 Paso a paso
- 4 Un camino sin camino
- 5 El pisar—ahí
- 6 De la planta y del pie
- 7 El Tao del Tao

⁵ No por nada existe una leyenda sobre la muerte de Lao tzu que dice que alguien lo vio perderse y fundirse en un camino. Esa fue la última vez que se lo vio, haciéndose “uno con el tao”.

HUGO CUCCARESE